

La Libra, K.O.

WILSON, PRISIONERO DE



Libra esterlina: «para salvarla, el Gobierno de Londres ha cortado la expansión de la industria británica».

Cuando Mr. Wilson regresó de Moscú, el Tesoro británico acababa de pasar una semana especialmente costosa: había tenido que extraer de sus escasas reservas cerca de trescientos millones de dólares para mantener la libra esterlina en la proximidad de su paridad oficial, que es de 2,80 dólares. Era, en un espacio de veintidós meses, la quinta crisis seria de la esterlina. El remedio anunciado por Wilson fue espectacular y brutal: la deflación. Una deflación aún más enérgica que la del «plan de estabilización» francés de 1963 y que se parece como una gota de agua a otra a los frenazos debilitadores que los conservadores, a partir de 1951, han infligido a una economía cuyo dinamismo no era ya excesivo.

un pilar

Los conservadores, en aquel momento, sostenían que la Gran Bretaña no podía funcionar más que con 500.000 parados. Mr. Wilson declaró que aceptaba que el paro alcanzara aquel nivel. Los conservadores, durante trece años, sacrificaron la economía británi-

ca a la defensa de la moneda. Mr. Wilson, a partir de 1961, se lo reprochaba con vehemencia, preconizando un crecimiento planificado de la economía. No ha podido mantener su apuesta. Se ha convertido, a su vez, en prisionero de la libra.

¿Cuál es, pues, la maldición que pesa sobre la Gran Bretaña y que, desde hace veinte años, hace que toda iniciación de expansión económica sea inmediatamente seguida de crisis monetarias, cada vez más consecutivas y cada vez más graves? Nadie se ha atrevido todavía a explicársela al gran público británico. Ya que la respuesta a esta pregunta, insostenible e inaceptable para un inglés normal, es que la Gran Bretaña no dispone ya de los medios materiales para llevar a cabo su política: la libra esterlina, símbolo y herencia de su pasado imperial, se ha convertido en un vestido demasiado pesado para ella, y que la aplasta.

La libra, en efecto, no es una moneda como las demás. No pertenece, como el dinar o el peso, a la nación que la imprime y la manipula a su conveniencia. La libra es, junto con el dólar, uno de los dos pilares del sistema mo-

netario internacional. Es, a la misma escala que el oro, una moneda que los bancos centrales del mundo entero ponen en sus reservas para resolver los eventuales déficits de los cambios bilaterales. Esta preeminencia de la esterlina es una herencia de la época en la que la Gran Bretaña era la primera potencia comercial —y, accesoriamente, industrial— del mundo, en la que compraba y revendía los productos de los cinco continentes. La industria británica no era sino el apéndice de este imperio comercial y financiero. Proporcionaba a las compañías comerciales el equipo necesario para la extracción y el refinamiento de las materias primas, a veces para su transformación. Gracias al Imperio —y a la zona esterlina que le ha sucedido— disponía de mercados protegidos para la salida de sus propios productos. No se veía sometida a soportar la competición con las demás potencias industriales en el mercado abierto.

Las cosas cambiaron brutalmente al día siguiente de la segunda guerra mundial. Dominios y colonias emancipadas intentaban industrializarse a su vez. La Gran Bretaña había contraído una

inmensa deuda con ellos. Su industria no era lo bastante poderosa como para asegurar su industrialización. Las reservas de la esterlina tenían una molesta tendencia a convertirse en dólares o en marcos alemanes en búsqueda de equipos industriales que la Gran Bretaña no podía proporcionar.

la devaluación

Para preservar la cohesión de la libra esterlina, el primer imperativo económico era, pues, una poderosa expansión de la industria británica, que se reveló como incompatible con el imperativo monetario. En efecto, cada resurgimiento de la industria llevaba consigo un aumento dos veces más rápido de las importaciones industriales de la Gran Bretaña. En otras palabras, cada vez que la Gran Bretaña intentaba ampliar sus capacidades productivas para poder hacer frente a los créditos que tenían contra ella los poseedores de esterlinas, asumía inmediatamente nuevas y pesadas deudas con el resto del mundo: el déficit de su balanza de pagos aumentaba. Este déficit agravado

EL IMPERIO

disminuía la confianza del mundo en la libra, incitando a los poseedores de esterlinas a convertir sus haberes en monedas más sólidas. Para salvar a la libra, el gobierno de Londres cortaba la expansión de la industria británica. Esta se halla a remolque del resto de Europa, desde hace veinte años, en lo que se refiere al índice de crecimiento.

Para luchar contra los efectos aparentes de la debilidad de la esterlina, se agravaba constantemente, de este modo, la causa fundamental: el retraso de la industria británica. Desde hace veinte años el capitalismo industrial no ha dejado de ser sacrificado al capitalismo financiero. El único medio para retener los haberes extranjeros en esterlinas que ha encontrado el Banco de Inglaterra es el pago de una «prima de riesgo» excepcionalmente fuerte. Ningún gran Banco central del mundo paga intereses tan elevados por el dinero que se le deja en depósito. En consecuencia, tampoco en ninguna parte el crédito es tan caro ni los dividendos tan elevados como en Gran Bretaña. La industria británica sufre, evidentemente, por esta situación. Para procurarse capitales debe remunerarlos al precio de los Bancos y compañías de corretaje especializados en las operaciones especulativas. Las cargas finan-

cieras de la industria resultan así especialmente gravosas; apenas le es posible arriesgarse. Y sin riesgo el progreso es difícil.

A largo plazo, la única salida sería hacer de la libra una moneda como las demás. Sería la liquidación de la herencia imperial, la desmembración de la zona esterlina, el fin de la Gran Bretaña en tanto que «tercera potencia mundial». Una devaluación de la libra, por otra parte, tendría, finalmente, el mismo efecto: el sistema monetario internacional podría sobrevivirle difícilmente.

La devaluación, en efecto, haría desaparecer durante algún tiempo el déficit británico. La libra dejaría de provocar desconfianza. Sería conservada por los que en la actualidad aspiran a convertirla en dólares. Y en consecuencia, la debilidad real del dólar se pondría en evidencia. Ya nada enmascararía el déficit de la balanza de pagos americana. Los Estados Unidos se encontrarían entonces ante esta alternativa:

1. Salvar el dólar mediante una deflación brutal, cuyo contragolpe sería una crisis dramática de los medios de pago, de los cambios y por tanto de las economías del mundo capitalista.

2. Reformar el sistema monetario internacional aceptando que el dólar y la libra pierdan su rango de únicas monedas de reserva.



el precio fuerte

La primera solución está fuera de toda probabilidad. La segunda —que no sólo es preconizada por Francia— es enérgicamente rechazada por Estados Unidos. Es por lo que éstos prefieren llevar en brazos a la libra enferma. Este es el precio que pagan por la perduración de un sistema monetario fundado en el privilegio, doble e indisoluble, de las dos monedas anglosajonas.

La Gran Bretaña paga, por su parte, un precio exorbitante por este privilegio: prisionera del papel mundial de la libra, se encuentra en manos del dólar, inca-

paz de un papel político autónomo, condenada a la deflación y a la paralización, mientras que los países que, teóricamente, pertenecen a su zona de influencia, son irresistiblemente atraídos a la órbita americana.

La razón económica e incluso política sugiere, pues, a Gran Bretaña que liquide su imperio monetario y que acepte un papel mundial más reducido, que, por otra parte, podría muy bien ser más eminente. Quizá esta conversión de la Gran Bretaña no sería tan difícil si recibiera algunos ánimos del otro lado de la Mancha.

MICHEL BOSQUET



Dólar americano: «junto con la libra, uno de los dos pilares del sistema monetario Internacional».